

CAROLINE KEPNES

YOU

Traducción del inglés

Maia Figueroa

 NOCTURNA
EDICIONES

Título original: *YOU*

Copyright © 2014 by Alloy Entertainment and Caroline Kepnes

*All rights reserved throughout the world, including the rights of reproduction whole
or in part in any form.*

Logo de YOU © Netflix, 2019

© de la traducción: Maia Figueroa, 2019

© de la presente edición: Nocturna Ediciones, S.L.

c/ Corazón de María, 39, 8.º C, esc. dcha. 28002 Madrid

info@nocturnaediciones.com

www.nocturnaediciones.com

Primera edición en Nocturna: noviembre de 2019

Preimpresión: Elena Sanz Matilla

Impreso en España / *Printed in Spain*

GZ Printek, S.A.L.

Código IBIC: YFB

ISBN: 978-84-17834-38-8

Depósito Legal: M-30683-2019

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Para ti, papá.

«Si Dios quiere, nos vemos mañana a primera hora».

HAROLD SAMUEL KEPNES,
29 de enero de 1947 – 13 noviembre de 2012

1

Entras en la librería y sujetas la puerta para asegurarte de que no dé un golpe al cerrarse. Sonríes, te da vergüenza ser una chica agradable y llevas las uñas sin pintar, el jersey de cuello de pico es de color *beige*, pero es imposible saber si llevas sujetador, aunque diría que no. De tan limpia eres sucia y entonces me murmuras tu primera palabra, me dices «hola», cuando la mayoría de la gente pasaría de largo; pero tú no, tú con tus vaqueros anchos de color rosa, un rosa como el del cerdito de *La telaraña de Carlota*, y ¿de dónde has salido?

Eres clásica y compacta, mi propia Natalie Portman, la del final de *Closer*, cuando tiene buena cara porque ya está harta de los británicos malotes y se vuelve a casa, a Estados Unidos. Has vuelto al hogar, a mí, te recibo por fin un martes a las diez y seis minutos de la mañana. Todos los días, viajo desde mi apartamento de Bedford Stuyvessant, Brooklyn, hasta esta tienda del Lower East Side. Todos los días, cierro sin haber encontrado a alguien como tú. Mírate, acabas de nacer en mi mundo. Tiemblo y me tomaría un Orfidal, pero los tengo abajo y en realidad no quiero tomármelo. No quiero que se me pase este subidón. Quiero seguir aquí, prestarte toda mi atención, observarte mientras te muerdes las uñas sin pintar y vuelves la cabeza hacia la izquierda, pero espera, que te falta el meñique; abres más los ojos, te vuelves hacia la derecha: no, descartas las biografías, los libros de autoayuda (¡gracias a Dios!) y frenas al llegar a la sección de ficción.

Bien.

Dejo que desaparezcas entre las estanterías de ficción F-K, pero no eres la típica ninfa insegura que va a la caza de un Faulkner que jamás terminará o ni siquiera empezará, un Faulkner que se calcificará y fosilizará en la mesita de noche, si es que los libros pueden calcificarse; un Faulkner cuyo único propósito es convencer a los rollos de una noche de que va en serio cuando jura que nunca hace esas cosas. No, tú no eres una de esas. Tú no usas a Faulkner como *atrezzo*, además llevas los vaqueros caídos y estás demasiado morena para Stephen King y no vas tan a la moda como para Heidi Julavits, así que ¿qué vas a comprar? Estornudas bien alto y me imagino el ruido que haces cuando llegas al clímax.

—¡Jesús! —te respondo en voz alta.

Te ríes y me contestas a voces un «María y José. Gracias, chato». Eres una calentorra.

«Chato», qué manera de flirtear. Si yo fuera uno de esos gilipollas de Instagram, le haría una foto al cartel de «F-K», le pondría la hostia de filtros y escribiría: «F-K. Sí, la he encontrado».

«Cálmate, Joe. No les gusta que les entren tan a saco», me digo. Le doy gracias a Dios por el cliente que entra, y luego me cuesta escanear el Salinger que ha escogido porque es muy predecible. La verdad es que siempre me cuesta. A ver, este tío tiene ¿cuántos años? ¿Treinta y seis? ¿Y se pone ahora con *Franny y Zooey*? Seamos realistas: no va a leerlo porque es una fachada para el de Dan Brown que tiene en el fondo de la cesta. Trabajando en una librería acabas aprendiendo que la mayoría de las personas del mundo se sienten mal por ser quienes son. Primero meto el de Dan Brown en la bolsa como si fuese pornografía infantil y le digo que *Franny y Zooey* es la hostia, y él responde que sí con la cabeza, y mientras tú sigues en la sección de la F a la K, porque justo alcanzo a ver el jersey *beige* entre

las estanterías. Si estiras el brazo un poco más alto, te veré el vientre. Pero no lo haces. Coges un libro y te sientas en el suelo del pasillo, podrías quedarte ahí toda la tarde. A lo mejor esto acaba siendo como la película de Natalie Portman, *La fuerza del amor*, una adaptación muy desleal de la novela de Billie Letts (que está por encima de la media para esa clase de porquería), y te encuentro en mitad de la noche. Sólo que tú no estarás embarazada y yo no seré el hombre sumiso de la película. Me agacharé un poco y diré: «Discúlpeme, señorita, pero ya hemos cerrado», y tú me mirarás y sonreirás. «Pues yo no he cerrado —dirás, y tras una breve pausa—: Estoy abierta a todo, chato».

—Oye —ladra Salinger-Brown.

¿Todavía sigue aquí? Sí, todavía.

—¿Me das el recibo?

—Disculpe.

Me lo quita de la mano. No me odia a mí, se odia a sí mismo. Si la gente fuera capaz de manejar el odio que siente por sí misma, trabajar de cara al cliente sería más fácil.

—¿Sabes qué te digo, chaval? A ver si te bajas del pedestal. Trabajas en una librería, no haces los libros. No los escribes. Y si se te diera bien leer libros, seguramente tampoco trabajarías aquí. Así que no me mires con tanta superioridad y deséame que pase un buen día.

Este hombre puede decirme todo lo que quiera, pero el que se avergüenza de comprar Dan Brown sigue siendo él. Tú apareces con tu sonrisa de complicidad a lo Portman, has oído al capullo. Te miro. Tú lo miras a él, y él sigue mirándome y esperando.

—Que pase un buen día, caballero —le digo.

Y él sabe que no lo digo en serio y se odia por necesitar la cortesía de un desconocido. Cuando ya se ha ido, le respondo en voz alta porque sé que me escuchas:

—¡Disfruta de Dan Brown, hijoputa!

Te acercas riéndote y gracias a Dios que es por la mañana y por la mañana esto está muerto y nadie va a entrometerse. Dejas el cesto de libros en el mostrador y te pones descarada.

—¿A mí también vas a juzgarme?

—Vaya imbécil, ¿no?

—Bueno, estará de mal humor.

Qué mona. Ves lo mejor de las personas. Me complementas.

—Bueno —digo, y debería callarme y quiero callarme, pero tú me das ganas de hablar—, ese tío es el motivo por el que Blockbuster no debería haberse hundido.

Me miras. Sientes curiosidad, y yo quiero saber más de ti; pero, como no puedo preguntarte nada, sigo hablando:

—Todo el mundo se esfuerza por ser mejor, por perder cinco kilos, leer cinco libros, ir al museo, comprar un disco de música clásica, escucharlo y disfrutarlo. Pero lo que quieren hacer es comer donuts, leer revistas y comprar álbumes de música pop. ¿Y los libros? A tomar por el culo los libros: mejor un Kindle. ¿Sabes por qué tienen tanto éxito?

Te ríes y niegas con la cabeza y sigues escuchando incluso después de ese momento en el que la mayoría se despista o mira el móvil. Además, eres guapa y preguntas:

—¿Por qué?

—Yo te lo digo: internet nos trajo el porno a casa...

Acabo de decir «porno», menudo idiota; no obstante, sigues escuchando. Qué mona.

—... para que no tuviéramos que ir a por él. No hay que mirarle a los ojos al tipo de la tienda, a ese que ahora sabe que te gusta ver cómo azotan a chicas. Mirar a la gente a los ojos es lo que hace que sigamos siendo civilizados.

Tienes los ojos almendrados, y yo sigo:

—Abiertos.

No llevas alianza, y yo continúo:

—Humanos.

Eres paciente, pero debería callarme y no puedo.

—Y el Kindle, el Kindle le roba la integridad a la lectura, que es justo lo que internet ha hecho con el porno. Ya no hay autocontrol ni moderación. Puedes leer a Dan Brown en público y en privado a la vez. Es el fin de la civilización. Pero

—Siempre hay un pero —dices, y estoy seguro que vienes de una familia grande de gente sana y afectuosa que se abraza a menudo y canta alrededor de la hoguera.

—Pero, como ya no hay donde comprar películas ni discos, ahora la clave son los libros. Ya no hay videoclubs y, por lo tanto, no hay friquis que trabajen en esas tiendas y se pasen el día citando a Tarantino y peleándose por Dario Argento y odiando a los que alquilan pelis de Meg Ryan. Ese acto, la interacción entre el vendedor y el comprador, es el acto bidireccional más importante que tenemos. Y no puedes ir erradicando las cosas así como así y pensar que no habrá consecuencias, ¿sabes?

No sé si sabes, pero no me dices que me calle como hacen otros a veces, sino que asientes con la cabeza.

—Ajá.

—Es que las tiendas de discos eran un gran equalizador. Daban poder a los friquis, en plan: «¿De verdad vas a comprar eso de Taylor Swift?», a pesar de que luego esos friquis se iban a casa a pelársela con Taylor Swift.

«Basta de decir Taylor Swift». No sé si te ríes conmigo o de mí.

—Total —digo, y si me lo pides, me callaré.

—Total —dices, porque quieres que acabe.

—La cuestión es que comprar cosas es una de las pocas actividades honestas que hacemos. Ese tío no ha venido por Dan Brown ni por Salinger. Ha venido a confesarse.

—¿Eres cura?

—No. Soy una iglesia.

—Amén.

Miras la cesta, y yo parezco un majadero solitario, así que también miro la cesta. Tu móvil. Tú no lo ves, pero yo sí. La pantalla agrietada, la funda amarilla. Eso significa que sólo te cuidas cuando ya estás más allá de la salvación. Me la juego a que no te tomas las pastillas de zinc hasta el tercer día de resfriado. Te cojo el móvil y te hago una broma.

—¿Se lo has robado al tío ese?

Me lo quitas y te sonrojas.

—Este teléfono y yo —dices—. Soy una mala mami.

Mami. Qué marrana eres.

—Qué va.

Sonríes y me queda claro que no llevas sujetador. Sacas los libros de la cesta, la dejas en el suelo y me miras como si en tu pasado no hubiera nada ni remotamente criticable. Se te ponen los pezones duros, pero no te los tapas. Ves los regalices de fresa que tengo junto a la caja y los señalas con hambre.

—¿Puedo?

—Sí —contesto, y ya te estoy dando de comer.

Cojo el primer libro, *Impossible Vacation* de Spalding Gray.

—Interesante —comento—. La mayoría de la gente se lleva los monólogos. Este está muy bien, pero la gente no suele comprarlo; y mucho menos mujeres jóvenes que no parecen estar sopesando el suicidio, teniendo en cuenta el final del autor.

—Bueno, a veces buscas un lugar oscuro, ya sabes.

—Sí —contesto—, ya.

Si fuésemos adolescentes, te besaría. Pero estoy subido a una plataforma, detrás de un mostrador, con el nombre escrito en una placa, y somos demasiado mayores para ser jóvenes. Las estrategias nocturnas no funcionan por la mañana, cuando la luz entra por las ventanas. ¿No se suponía que las librerías eran lugares oscuros?

Nota a mí mismo: «Dile al señor Mooney que compre persianas o cortinas o algo».

Cojo el siguiente libro, y es *Personajes desesperados*, de una de mis autoras favoritas: Paula Fox. Buena señal, aunque cabe la posibilidad de que lo compres porque hayas leído en algún blog estúpido que es la abuela biológica de Courtney Love. No puedo dar por sentado que compres a Paula Fox porque la hayas conocido como es debido, en un ensayo de Jonathan Franzen.

Abres la cartera.

—Es la mejor, ¿verdad? Me mata que no sea más famosa, con lo bien que habla Franzen de ella.

«Gracias a Dios». Sonrío.

—*The Western Coast*.

Apartas la mirada.

—A esa no he llegado todavía.

Te miro, y tú levantas las manos en señal de rendición.

—No dispares.

Te ríes, y me gustaría que aún tuvieras los pezones duros.

—Algún día leeré *The Western Coast*, pero *Personajes desesperados* la he leído tropecientas veces. Este ejemplar es para un amigo.

—Ajá —contesto.

Saltan las alarmas, una luz roja que significa peligro. Es para un amigo.

—Seguro que pierdo el tiempo, porque no lo leerá. Pero al menos ella vende un libro, ¿no?

—Cierto.

Podría ser tu hermano o tu padre o un vecino gay, pero sé que es un «amigo», así que aporreo la calculadora.

—Son treinta y uno con cincuenta y uno.

—Madre mía. Por eso los Kindle se lo llevan de calle.

Abres el monedero rosa como el cerdito de *La telaraña de Carlotta* y me entregas la tarjeta de crédito, a pesar de que llevas suficiente en metálico. Quieres que sepa cómo te llamas, y yo no soy un pirado y paso la tarjeta y el silencio se oye cada vez más alto y ¿por qué hoy no he puesto música? No se me ocurre nada que decir.

—Aquí tienes —digo, y te ofrezco el recibo de la compra.

—Gracias —murmuras—. Esta tienda está muy bien.

Firmas y te llamas Guinevere Beck. Tu nombre es un poema, y tus padres deben de ser unos gilipollas, como la mayoría de los padres. Guinevere... No me fastidies.

—Gracias, Guinevere.

—Suelen llamarme Beck, sin más. Guinevere es largo y un poco ridículo, ¿no?

—Bueno, Beck, en persona pareces muy diferente. El álbum *Midnight Vultures* es genial.

Coges la bolsa de libros sin dejar de mirarme a los ojos porque quieres que te vea mirándome.

—Perfecto, Goldberg.

—No, no, suelen llamarme Joe. Goldberg es largo y un poco ridículo, ¿no?

Nos reímos, y tú querías saber cómo me llamo tanto como yo quería saber cómo te llamas tú; si no, no te habrías fijado en la placa.

—¿Seguro que no quieres aprovechar y llevarte *The Western Coast*?

—Te parecerá una locura, pero me la estoy guardando. Para la lista de la residencia.

—Querrás decir la lista de cosas que hacer antes de morir.

—No, no, eso es diferente. Una lista para la residencia es una lista de las cosas que quieres leer y ver en una residencia de la tercera edad. La otra es más en plan ir a Nigeria y saltar de un avión. La de la residencia es leer *The Western Coast*, ver *Pulp Fiction* y escuchar el último de Daft Punk.

—No te imagino en una residencia.

Te sonrojas. Eres sacada de *La telaraña de Carlota*, y yo sería capaz de quererte.

—¿No vas a desearme un buen día?

—Que tengas un buen día, Beck.

Sonríes.

—Gracias, Joe.

No has venido a por libros, Beck. No tenías por qué decir mi nombre. No te hacía falta sonreír ni escuchar ni llenarte los ojos de mí. Pero lo has hecho. Has firmado el recibo. No ha sido una transacción en metálico ni una compra con tarjeta de las de número PIN. Ha sido real. Aprieto el pulgar contra la tinta húmeda del papel y Guinevere Beck me mancha la piel.

2

Conocí a e. e. cummings del mismo modo que la mayoría de los hombres sensibles e inteligentes de mi edad conocen a e. e. cummings: a través de una de las escenas más románticas de una de las historias de amor más románticas de todos los tiempos: *Hannah y sus hermanas*, en la que un neoyorquino inteligente, sofisticado y casado que se llama Elliot (Michael Caine) se enamora de su cuñada (Barbara Hershey). Debe andarse con cuidado; no puede insinuarse así como así. Por eso espera cerca del apartamento de ella y finge encontrársela por casualidad. Brillante, romántico. El amor lleva trabajo. Ella se sorprende de verlo y se lo lleva a la librería Pageant, donde él le compra un libro de poemas de e. e. cummings (¿empiezas a ver las similitudes?) y le manda mirar el de la página 112.

Ella se sienta en la cama a leerlo a solas mientras él está en su cuarto de baño, pensando en ella. La oímos leer.

Mi verso favorito:

nadie,ni siquiera la lluvia,tiene las manos tan pequeñas¹.

Excepto tú, Beck. A lo largo de los últimos días he aprendido mucho. Siempre que te da por ahí, que es a menudo, te pones manos a la

¹ La traducción de los versos de Cummings que se citan tanto aquí como a lo largo de la novela (sin espacios tras las comas ni mayúsculas) corresponde a José Casas: *Buffalo Bill ha muerto (Antología poética 1910-1962)*, edición bilingüe. Madrid: Ediciones Hiperión, 1996. (N. de la T.)

obra contigo misma, con tus manos pequeñas, y eso me recuerda a otro chiste de *Hannah* en el que Mia Farrow le dice en broma a Woody Allen que se ha echado a perder de tanto masturbarse. Espero que tú no.

El problema de la sociedad es que si una persona cualquiera supiera lo nuestro (tú que por las noches tienes tres orgasmos tú sola, y yo que desde el otro lado de la calle, solo, te miro tener esos orgasmos), la mayoría diría que el puto raro soy yo. Tampoco es un secreto que la mayoría son unos idiotas de mierda. A la mayoría le gusta los misterios de baratillo y no ha oído hablar de Paula Fox ni de *Hannah*, así que, en serio, Beck, que le den por el culo a la mayoría, ¿no?

Además, me gusta que cuides de ti misma en lugar de llenarte la casa y el coño de una ristra de hombres inadecuados. Eres la respuesta a todos los artículos banales y reduccionistas sobre la cultura de las relaciones informales. Tienes valores y eres Guinevere, una historia de amor esperando a tu media naranja; seguro que hasta sueñas con él en mayúsculas: el señor Media Naranja. Conmigo. Todo el mundo lo quiere todo ya, ahora mismo, pero tú sabes esperar con las manos tan pequeñas.

Tu nombre fue un punto de partida glorioso. Por suerte para nosotros dos, no hay muchas Guinevere Beck en el mundo: sólo una. Lo primero que tuve que buscar fue tu casa, e internet se diseñó pensando en el amor. Me ha ofrecido tanto sobre ti, Beck, tu perfil de Twitter:

Guinevere Beck

@TheUnRealBeck

«No me callo las ideas. Escribo historias. Leo historias. Hablo con desconocidos. Nantucket es mi colega, pero Nueva YorkSUBINDICE es mi perra».

Las bías reveladoras que incluyen las distintas revistas *online* donde publicas los artículos de blog (a menos que quieras llamarlos ensayos), y tus entradas de diario mal disimuladas (a menos que quieras llamarlos relatos) y los poemas que escribes de vez en cuando te dan cuerpo. Eres una escritora nacida y crecida en Nantucket y bromeas sobre la endogamia de las islas (aunque no sea tu caso), sobre navegar (los barcos te paralizan del miedo) y sobre el alcoholismo (tu padre murió por culpa de la botella, y tú escribes mucho sobre eso). Tu familia está unida pero no, y tú no sabes cómo comportarte aquí, en la ciudad donde nadie conoce a nadie, a pesar de que tuviste cuatro años de prácticas mientras te sacabas la carrera en Brown. Entraste desde la lista de espera y sigues convencida de que hubo algún tipo de error. Te gusta la polenta y las barritas con sabor a tarta de cereza de Lärabar. No haces fotos de comida ni durante los conciertos, pero tienes cuenta de Instagram, donde sólo cuelgas fotos de cosas viejas, de tu difunto padre, de días en la playa de los que es imposible que te acuerdes. Tienes un hermano que se llama Clyde. Tus padres son un poco gilipollas con los nombres. Tienes una hermana que se llama Anya (gilipollas de verdad, pero no como yo pensaba). Según el registro de la propiedad, la casa es vuestra desde siempre. Provienes de granjeros y te gusta decir que no tienes casa en Nantucket, pero que tu familia se hizo un hueco. Estás llena de descargos de responsabilidad, eres como las advertencias de los paquetes de tabaco.

Anya es carne de isla y nunca se marchará de allí. Es la niña que sólo quiere pasear por la playa y notar la división clara entre el verano y la desolación endémica de una trampa para turistas. Anya está jodida por lo de tu padre, mal de la cabeza. Escribes relatos sobre ella y la conviertes en un chico o en una anciana ciega y, en una ocasión, en una ardilla extraviada, pero es evidente que se trata de tu herma-

na. Te da envidia. ¿Cómo puede ser que no tenga el peso de tu ambición? Te da lástima. ¿Cómo puede no tener ambición?

Clyde es el mayor y lleva el negocio familiar de taxis en la isla. Está casado, tiene dos hijos y es el típico cabeza de familia. Es lo que se puede deducir a partir de la foto del periódico local: bombero voluntario, piel curtida, hombre americano reglamentario. Tu padre ostentaba el récord de cualquier bar de la zona y no se le caían los anillos por conducir bajo los efectos del alcohol ni por alterar el orden público por embriaguez, y tu hermano respondió convirtiéndose en el polo opuesto: sobrio, de sobriedad extrema. Si tú hubieras nacido la primera, puede que hubieras acabado llevando el negocio familiar. Pero eres la clásica mediana y sacabas buenas notas y toda tu vida te han colgado el sambenito de «la esperanza», la que saldría de allí.

Internet es una maravilla, y tú escribiste un tuit una hora después de que nos conociéramos:

Huele a hamburguesa con queso
#CornerBistroMeEngorda

Deja que te diga que, durante unos instantes, me preocupé. Tal vez yo no fuera especial. No me mencionabas a mí ni nuestra conversación. Además, en tu perfil dice: «Hablo con desconocidos». Hablo con desconocidos, ¿de qué coño va eso, Beck? Se supone que los niños no deben hablar con los desconocidos, pero tú eres adulta. ¿O es que nuestra conversación no significa nada para ti? ¿Son un desconocido más? ¿Es tu perfil de Twitter una manera sutil de anunciar que eres una adicta a la atención que carece de criterio y que le hará caso a cualquier pringado que la salude? ¿Acaso no significué nada? ¿No mencionas al tipo de la librería? «Joder —pensé—, igual me he

equivocado. A lo mejor no había nada», pero luego me puse a explorar y resulta que no escribes sobre las cosas importantes. No me compartirías con tus seguidores. Tu vida *online* es un espectáculo de variedades, así que, en todo caso, que no me hayas incluido en tu monólogo de humor significa que me deseas. Tal vez más de lo que yo pienso, ya que ahora mismo tu mano va camino del coño una vez más.

Lo siguiente que me dio Internet fue tu dirección. El 51 de Bank Street. ¡No me jodas! Nada de un bloque de ambiente frenético en Midtown, de esos que las abejas obreras agobiadas asaltan de noche y abandonan por la mañana, sino una finca elegante, aletargada, ridículamente segura y cara del West Village. No puedo plantarme en esa calle así como así, tengo que encajar con todos esos repipis. De modo que me paso por la tienda de segunda mano. Compró un traje (empresario o chófer u hombre mantenido), unos pantalones anchos de trabajo, una especie de cinturón de herramientas (un manitas durante un descanso) y un chándal de pega (gilipollas que cuida de supreciado cuerpo). Para la primera visita me pongo el traje y la zona me encanta, Beck. Es el viejo Nueva York por antonomasia y me da la sensación de que voy a ver a Edith Wharton y a Truman Capote cruzar la calle de la mano, cada uno con su café para llevar en un vaso de papel con motivos griegos y el mismo aspecto que tenían en su mejor época, como si los hubieran conservado en formol. En esta manzana viven princesas y es donde Sid Vicious murió hace mucho tiempo, cuando las princesas no eran más que embriones y Manhattan todavía molaba. Me planto al otro lado de la calle y veo que tienes las ventanas abiertas (sin cortinas) y te observo mientras viertes las gachas de avena instantáneas en un cuenco de plástico. No eres muy princesa. Tu Twitter me confirma que has ganado una especie de rifa inmobiliaria:

Eh, no quiero sonar como @AnnaKendrick47, pero os quiero mucho, friquis maravillosos de @Brown-BiasedNYC, y me muero de ganas de mudarme a Bank Street.

Me siento en el escalón de la entrada y lo busco en Google. The Brownstone Biased Lottery es un concurso de artículos para licenciados de la Universidad de Brown que necesitan alojamiento para hacer un postgrado en Nueva York. El apartamento lleva años en la Familia Brown (a saber qué significa eso de Familia Brown). Estás haciendo un máster de escritura creativa, así que no me sorprende que ganases una rifa que es, en realidad, un concurso de artículos. Y Anna Kendrick es una de las actrices de *Dando la nota*, que va de unas estudiantes universitarias que participan en concursos de canto a capela. Te identificas con ella, cosa que no tiene sentido. He visto la película, y esa chica no viviría como tú.

La gente pasa por delante de tu apartamento, que está en el principal, casi a nivel de calle, y nadie se detiene a mirar a pesar de que estás ahí, expuesta. Tienes las dos ventanas abiertas de par en par y suerte que no sea una calle muy transitada. Eso debe de explicar la falsa sensación de privacidad que tienes. Vuelvo la tarde siguiente (no puedo evitar ponerme el mismo traje), y tú te paseas desnuda por delante de las ventanas abiertas. ¡Desnuda! Me quedo un rato sentado en el escalón de enfrente y tú no te das cuenta; nadie se fija en ti ni en mí, pero ¿qué pasa, joder? ¿Están todos ciegos?

Pasan los días y me entra la ansiedad. Tú te exhibes demasiado y eso no es seguro; basta con que te vea un tío raro y decida ir a por ti. Unos días más tarde, me pongo el disfraz de carpintero y fantaseo con ponerte barrotes en las ventanas, proteger la vitrina que tú consideras

tu hogar. El vecindario me parece seguro y lo es, pero aquí la tranquilidad es letal. No me extrañaría que nadie saliera a impedírmelo si estrangulase a un viejo en mitad de la calle.

Vuelvo con el traje (mucho mejor que la ropa de carpintero) y para variar un poco me pongo una gorra de los Yankees que he encontrado en otra tienda de segunda mano (sí, ¡soy esa clase de gilipollas!), por si acaso te fijas, que no es el caso. Un hombre que vive en tu edificio sube una escalera muy corta (sólo tres escalones) que conduce a una puerta de entrada (¡que no está cerrada!) y esa puerta está muy cerca de tu apartamento. Si quisiera (¿quién no querría?), podría asomarse por encima de la barandilla, dar unos golpecitos en la mosquitera y llamarte.

Vengo de día y de noche y, siempre que estoy aquí, las ventanas están abiertas. Es como si nunca hubieras visto el informativo de la noche ni películas de terror, y me siento en el escalón del edificio que hay al otro lado de esta callecita limpia y finjo leer *Pobre George* de Paula Fox o enviar mensajes a mis socios (¡ja!), o hago como que llamo a un amigo que llega tarde y accedo en voz muy alta a esperar otros veinte minutos. (Eso lo hago porque podría haber algún vecino escondido, sospechando del tipo del escalón; he visto muchas películas). Tu política de puertas abiertas me da entrada a tu mundo. Si el viento sopla de cara, huelo la comida precocinada que comes y oigo a Vampire Weekend, y si se me escapa un bostezo de mentira y levanto la mirada, te veo holgazanear, bostezar, respirar. ¿Siempre has sido así? Me pregunto si ya eras así en Providence, si te exhibías como si quisieras que tu *petit comité* de vecinos te conociera desnuda, medio desnuda, adicta a la comida de microondas y masturbándote a voz en grito. Espero que no. Espero que haya un motivo lógico que me vayas a explicar cuando llegue el momento. Y tú con tu ordenador, como si tuvieras que recordarle a tu público imaginario que eres

escritora cuando todos (yo) sabemos lo que eres en realidad: una intérprete, una exhibicionista.

Mientras tanto, yo debo ser precavido. Un día me engomino el pelo y al día siguiente me lo alboroto. La gente que no se fija en los demás no debe de fijarse en mí. Al fin y al cabo, si le cuentas a cualquiera lo de la chica que a menudo se pasea desnuda por delante de una ventana abierta y el chico perdidamente enamorado que la observa con discreción, la mayoría diría que el pirado soy yo. Pero la pirada eres tú. Lo que pasa es que nadie te llama eso porque tienes un coño del que quieren saberlo todo, mientras que para tus vecinos el mero hecho de que yo exista es una aberración. Vivo en un sexto sin ascensor en Bed-Stuy. No permití que la patraña de los préstamos estudiantiles me tocara los cojones. Me pagan en negro y tengo un televisor con antena: esta gente no me tocaría la polla ni con guantes. En cambio, tu coño es oro puro.

Me bebo el café en el escalón de la otra acera con el *Wall Street Journal* enrollado y bien sujeto en la otra mano, respiro y te miro. No me pongo el chándal ningún día porque haces que quiera estar elegante, Beck. Pasan dos semanas y una viuda rolliza sale de su vivienda. Me levanto; me jode, pero soy un caballero.

—Hola, señora —le digo, y le ofrezco ayuda.

Ella acepta.

—Ya va siendo hora de que los jóvenes aprendáis a comportaros —me reprocha con voz ronca.

—Tiene toda la razón del mundo —contesto.

El chófer de su coche de lujo le abre la puerta. Me saluda con un gesto de la cabeza, somos hermanos. Estoy hecho para esto, recupero mi asiento en el escalón.

¿Por esto le gustan a la gente los programas de telerrealidad? Tu mundo me maravilla, ver el lugar donde vageas (con bragas de

algodón que compras al por mayor en la página de Victoria's Secret: el otro día te vi abrir el paquete) y donde no duermes (te sientas en el sofá y lees mierdas de internet). Me da que pensar. A lo mejor estás buscando al buenorro de la librería. Ahí es donde escribes; te sientas muy erguida con el pelo recogido en un moño y escribes a velocidad de conejo hasta que no puedes más y agarras ese cojín de color verde lima, el mismo en el que apoyas la cabeza durante las siestas, y lo montas como un animal. Te desfogas. Ahora es donde duermes, por fin.

Tu apartamento es la hostia de pequeño. No te faltaba razón cuando tuiteabas:

Vivo en una caja de zapatos. Pero no importa, porque no me pulo los verdes en Manolos @BrownBiasedNYC #Rebelde

La taza de #BrownUniversity es más grande que mi apartamento. @BrownBiasedNYC #inmobiliaria #NYC

No hay cocina, sólo una zona donde se amontonan los electrodomésticos como en la sección de artículos de oferta de Bed Bath & Beyond. Sin embargo, tu tuit esconde una verdad: odias el apartamento. Creciste en una casa grande con jardines en la parte delantera y trasera. Te gusta tener espacio, por eso dejas las ventanas abiertas. No sabes estar a solas y, si le cerraras las ventanas al mundo, así es como estarías.

Tus vecinos van a lo suyo, como niños: los recogen en coches lujosos enfrente de sus casas y los depositan al final del día, mientras que tú te pudres en un espacio digno de una empleada del hogar o

de un golden retriever con un esguince de tobillo. Pero no me extraña que no te marches de aquí. Tú y yo compartimos ese amor por el West Village y, si yo pudiera mudarme aquí, lo haría, aunque para ello tuviera que volverme loco poco a poco de la claustrofobia. Elegiste bien, Beck. Tu madre se equivocaba:

Mi madre dice que las señoras no deberían vivir en cajas de zapatos @BrownBiasedNYC #logicademadre #nosoyunaseñora

Tuiteas más de lo que escribes y tal vez por eso estés haciendo el máster en New School y no en Columbia. Columbia rechazó tu solicitud:

El rechazo se sirve en un sobre de papel, porque así puedes romperlo o quemarlo #sinplazaenColumbia #lavidasigue

Y tenías razón, la vida siguió. Aunque New School no es una universidad de prestigio, el profesorado y los alumnos te gustan bastante. Muchos de los talleres están disponibles en internet. En internet se accede a muchos cursos universitarios, lo que supone otro golpe contra el sistema elitista que llaman universidad y que cada vez es más irrelevante. Progresas adecuadamente con la escritura, pero si pasaras menos tiempo en Twitter o moviendo la ficha del Parchís... Ahora en serio, Beck: si yo estuviera en tus zapatos, nunca me vestiría.

Te gusta ponerles nombre a las cosas, y me pregunto cómo me llamarás a mí. Has empezado un concurso en Twitter para decidir cómo llamar al apartamento:

¿Qué tal #máspequeñoquemitoto?

O #Dondedarlanota

O #Lollamanpisocuandoquierendecirmatdeyoga

O #Elsitiodesdedondemirasporlaventanayvesaltipo-
delalibreríaobservándoteysonríesy saludasy

Un taxista aporrea el claxon porque un gilipollas recién duchado y recién sacado de un borrador de Bret Easton Ellis que nunca vio la luz ha cruzado la calle sin mirar. Dice que lo siente, pero no va en serio, y se pasa la mano por la melena rubia.

Demasiado pelo.

Sube los escalones como si fueran suyos, como si los hubieran construido para él, y la puerta se abre antes de que llegue, y eres tú la que abre la puerta y le haces pasar y le das un beso antes de que la puerta se cierre despacio y ahora enredas las manos

las manos tan pequeñas

en su pelo, y no os veo a ninguno de los dos hasta que entráis en el salón, y él se sienta en el sofá, y tú te arrancas la camiseta de tirantes y te subes encima de él y te mueves como una estríper y esto está muy mal, Beck. Él te arranca las bragas de algodón y te azota, y tú gritas, y yo cruzo la calle y me apoyo en la puerta del edificio porque necesito oírlo.

—¡Perdona, papi! ¡Perdóname!

—Dilo otra vez, niña.

—Lo siento, papi.

—Has sido mala.

—Soy muy mala.

—Quieres que te azote, ¿verdad?

—Sí, papi, quiero que me azotes.

Se te mete en la boca. Te ladra. Te da cachetadas. De vez en cuando, pasa Truman Capote y mira, reacciona y aparta la mirada. Nadie va a llamar a la policía porque nadie quiere admitir que mira. Estamos en Bank Street, no me jodas. Y ahora te lo follas tú, y yo vuelvo a mi acera, desde donde veo que no te está haciendo el amor precisamente. Te agarras a su pelo (demasiado pelo) como si eso fuera a salvarte a ti y a tus relatos. Te mereces algo mejor, es imposible que te guste; mira cómo te agarra, con esas manos grandes y débiles que no sirven para nada, y cuando acaba te da otro cachete. Te bajas y te acurrucas con él, pero él te aparta, y tú le dejas fumar en tu casa y tirar la ceniza en la taza de Brown (que es más grande que tu apartamento), y ves *Dando la nota* mientras él fuma y envía mensajes y te aparta cuando te acercas. Tienes cara de triste y

nadie en el mundo tiene las manos tan pequeñas

salvo tú y yo. ¿Por qué estoy tan seguro? Hace tres meses, antes de conocerme, escribiste un tuit:

Seamos sinceros y admitamos que conocemos a
#eecummings por #Hannahysushermanas, ¿vale?
¡Fiu! #bastadechorradas #menosfingir

¿Lo ves? Hablabas conmigo antes de conocerme. Cuando se marcha, en la mano no lleva *Personajes desesperados*, de Paula Fox. Es un misógino rubio de los que se hacen el chulo y se apartan el pelo de los ojos con un resoplido. Acaba de usarte y no es tu amigo, y yo tengo que irme. Necesitas una ducha.

3

Antes que tú estaba Candace. También era terca, así que contigo seré paciente como fui paciente con ella. No te tendré en cuenta que en ese portátil viejo y voluminoso que tienes escribas sobre todas las putas cosas del mundo menos sobre mí. No soy idiota, Beck. Sé hurgar en un disco duro y sé que no estoy ahí dentro y también que no tienes nada que se parezca a una libreta o un diario.

Una teoría posible: escribes sobre mí en el bloc de notas del móvil. Aún queda esperanza.

Pero no voy a alejarme de ti. Ni que decir tiene que a nivel sexual eres única. Por ejemplo: devoras la sección de encuentros informales de Craigslist; copias tus anuncios favoritos y los pegas en un archivo gigante que tienes en el ordenador. ¿Por qué, Beck? ¿Por qué? Por suerte, no participas en ese foro de encuentros. Supongo que a las chicas les gusta coleccionar cosas, ya sean recetas de sopa de kale o fantasías paterno-filiales de gramática ofensiva mal redactadas por solitarios desesperados. Sigo aquí, te acepto. Y, de acuerdo, tú permites que ese cretino rubio te haga las cosas que has leído en los anuncios de Craigslist. Pero al menos pones límites; ese perverso no es tu novio, porque lo echaste a la calle, que es donde le corresponde estar, como si te asquease (y debería). He leído todos tus e-mails recientes y es oficial: no le has contado a nadie que estuvo en tu casa, dentro de ti. No es tu novio. Eso es lo único que importa, y estoy

listo para encontrarte y, además, puedo hacerlo. Y todo eso se lo debo a Candace. Mi querida Candace.

La primera vez que la vi fue en el Glasslands, en Brooklyn. Tocaba la flauta travesera en una banda, con su hermano y su hermana. Te gustaría lo que hacen. Se llamaban Martyr, y desde el principio ya quería conocerla. Tuve paciencia. Los seguí por todo Brooklyn y el Lower Manhattan. Tocaban bien. No llegarían a los cuarenta más vendidos, pero de vez en cuando sacaban una de sus canciones en un programa miserable para adolescentes de la cadena CW y su página web se ponía al rojo vivo. Pero no tenían discográfica porque no se ponían de acuerdo en nada. En cualquier caso, Candace era la más guapa, la líder de la banda. Su hermano era el típico desgraciado imbécil que toca la batería, y su hermana era sencilla, pero tenía talento.

No puedes abalanzarte sobre una chica después de un concierto, sobre todo cuando hacen ambient-techno-electro-mierdas y el hermano psicótico y controlador (que no estaría en una banda si no fuera por sus hermanas, todo hay que decirlo) está siempre presente. Tenía que hablar con Candace cuando estuviera sola. Y yo no podía ser un chico cualquiera que se acercase a ligar con ella, por lo de su hermano «protector». Si no la abrazaba pronto o, como mínimo, hacía algo por abrazarla, me moriría. Así que improvisé.

Una noche, fuera del Glasslands, donde había empezado todo, me presenté a la banda diciendo que era el nuevo ayudante de Stop It Records. Les dije que buscaba talentos. Claro, a las bandas les gusta que las descubran y, minutos más tarde, allí estaba yo, bebiendo whiskey en un reservado con Candace y sus hermanos incordiosos. La hermana se marchó, bien hecho. Pero él me dio problemas. No podía besar a Candace ni pedirle el teléfono. «Mándame un e-mail —me dijo—. Así le hago una foto y lo cuelgo en Instagram.

Nos encanta que las discográficas se pongan en contacto con nosotros».

Hice lo que cualquier Elliot haría en *Hannah*. Me puse a vigilar Stop It Records, un sitio penoso, y descubrí a un chaval al que llamaban Peters que iba y venía a diario. Antes de entrar a trabajar y también al salir, se escondía en un callejón y fumaba un poco de hierba. No era de extrañar, con la mierda que tenía que aguantar allí dentro. Peters era el ayudante de todos esos gilipollas de las discográficas para los que las gafas son accesorios de moda, piden sacarina con el café y extra de «*parmigiano reggiano*». Así que un día me aposté en el callejón con un porro y le pedí fuego. No me costó hacerme amigo suyo; la gente que está en la base del tótem está hambrienta de contacto con otras personas. Le conté el dilema de Candace, que le había dicho que trabajaba para Stop It, y fue él quien me propuso escribirle desde su cuenta (asist1@stopotrecords.com) haciéndose pasar por mí. Candace contestó, risueña, buenorra. Y, claro, me dio su número (se lo dio a asist1).

No me sentí mal por aprovecharme de Peters; en todo caso, parecía que él por fin había conseguido lo más parecido a algo de poder. Y de vez en cuando hay que manipular los hechos para conseguir a la chica. He visto suficientes comedias románticas para saber que los románticos como yo siempre se meten en líos como ese. La carrera profesional de Kate Hudson existe porque las personas que se enamoran a veces mienten sobre su trabajo. Y Candace se creyó que yo era cazatalentos. Esperé hasta que ya llevábamos un mes juntos antes de contarle la verdad. Al principio se enfadó (a veces las chicas se enfadan, hasta cuando el chico es Matthew McConaughey), pero le recordé una verdad cómica y romántica: el mundo es injusto. Sé de música. Soy espabilado. Creo que Martyr merece que los descubran y los adoren. Si yo hubiera estudiado en alguna facultad de ar-

tes liberales y llevase calcetines *vintage* y suscribiese la idea de que una licenciatura en humanidades o algo así te certifica como persona inteligente y digna de empleo, habría podido conseguir unas prácticas no remuneradas en una discográfica de mierda y aprovechar eso para conseguirme un puesto de mierda. Pero resulta que no suscribo esa idea anticuada. Mi vida la controlo yo. Al principio, ella lo entendió, pero su hermano era harina de otro costal y uno de los motivos por los que la cosa no funcionó.

La buena noticia es que no me arrepiento de nada. Mis problemas con Candace eran una práctica para este momento. Tenía que entrar en tu casa, Beck. Y sabía cómo hacerlo.

Un día llamé a los del gas para avisar de un escape en tu apartamento. Sabía que tenías clase de baile y que después siempre tomabas café con una amiga de la clase y que ese era el único momento en el que podía estar seguro de que no te encontraría delante del ordenador. Esperé en mi escalón de enfrente a que llegase el técnico y le dije que era tu novio y que me habías enviado para echarle una mano.

Por ley hay que investigar los escapes de gas, y la ley de los tíos estipula que uno como yo, que no acabó la secundaria, sabe cómo tratar con los de la compañía del gas. ¿Qué quieres que te diga? Sabía que se tragaría que era tu novio y me dejaría entrar. Y sabía también que me dejaría entrar aunque pensase que era un majadero mentiroso. No puedes llamar al técnico del gas y luego no presentarte, Beck. En serio.

Cuando se marcha, lo primero que hago es coger el ordenador y sentarme en el sofá y oler el cojín verde y beber agua de la taza de Brown. La había lavado antes, porque aún quedaban restos de ceniza del tío ese (no sabes fregar platos). Leo un relato que has titulado «Lo que Wylie pensaba cuando compró el Kia», que trata de un viejo de

California que se compra una porquería de coche de importación y siente que esos son los últimos vestigios de su vida de vaquero. La gracia del relato es que no es vaquero, sino que ha interpretado a vaqueros en películas del Oeste, y de esas ya no se hacen. Wylie no se ha readaptado. Nunca había tenido coche porque se pasaba casi todos los días en una cafetería donde los tipos como él iban a charlar sobre lo bien que se estaba antes. Pero la ley ha proscrito fumar en el local (has puesto «proscrito» en cursiva para resaltar el juego de palabras) y ahora la pandilla no tiene adonde ir a echarse unos pitis y contar historias. Al final del relato, Wylie está en el Kia y no se acuerda de cómo arrancarlo. En la mano tiene la llave, que es un ordenador en miniatura, y se da cuenta de que no sabe adónde ir, así que se compra un cigarrillo eléctrico y vuelve a la cafetería y se sienta a fumar solo.

Yo no soy uno de los genios de tu máster (en serio, Beck, no te entienden ni a ti ni tus historias), pero sé que anhelas el pasado. Eres hija de un hombre muerto, de los pies a la cabeza. Entiendes a Paula Fox y aspiras a comprender todo lo que tiene que ver con el viejo Oeste, cosa que implica que instalarte en Nueva York, aunque sea temporalmente, es una elección autodestructiva. Eres compasiva; has escrito sobre viejos actores por los libros de fotografía que tienes en casa, muchas imágenes de sitios a los que no puedes ir porque ya no existen. Eres una romántica, buscas una Coney Island sin los *dealers* ni los envoltorios de chicle, y una California inocente donde los vaqueros de verdad y los de mentira se cuentan historias mientras toman café en tazas de metal esmaltado como las de antes. Quieres ir a sitios adonde no puedes ir.

En el baño, cuando estás sentada en el retrete con la puerta cerrada, contemplas una fotografía de Einstein. Te gusta mirarle a los ojos mientras te peleas con tus intestinos. (Créeme, Beck: cuando este-

mos juntos, se te acabarán los problemas de barriga porque no te permitiré vivir a base de mierdas congeladas y de latas de TNT cuya etiqueta dice «sopa»). Einstein te cae bien porque él vio lo que nadie más veía. Y además no era escritor. No es, ha sido ni será un competidor.

Enciendo el televisor y veo que *Dando la nota* es lo que has visto más veces; ahora que veo tu vida universitaria en Facebook, tiene sentido. Por fin estoy dentro, estudiando tu historia en fotografías. No cantabas a capela ni encontraste una pasión ni el amor verdadero. Te emborrachabas mucho con tus mejores amigas, Chana y Lynn. Hay una tercera amiga muy alta y delgada que os hace parecer enanas a las tres. Esta forastera no está etiquetada en ninguna foto, y debe de tener alguna cualidad positiva, porque pareces muy orgullosa de tenerla como amiga desde la infancia. Pero la chica sin etiquetar no parece contenta en ninguna de las imágenes y su sonrisa infeliz me va a perseguir y ya es hora de pasar a otra cosa.

Has salido con dos chicos. Charlie tiene cara de estar siempre recuperándose de un concierto de Dave Matthews. Cuando estabas con él, os sentabais en la hierba a tomar drogas de diseño. Ese lerdo estaba atontado de tanta droga, pero escapaste de él y caíste en los bracitos flacos de un punk malcriado que se llamaba Hesh. Como dato curioso, conozco a Hesh, aunque no en persona; es novelista gráfico y en la tienda vendemos sus libros. Bueno, los vendemos ahora, pero es evidente que el primer elemento de la orden del día de mi próximo turno será enterrarlos en el sótano.

Has estado en París y en Roma, y yo no he salido del país; sin embargo, no has encontrado lo que buscas en Hesh ni en París ni en Charlie ni en Roma ni en la universidad. A Charlie lo dejaste por Hesh y fuiste fría. Él no lo superó. A día de hoy, en las fotos parece que vive una borrachera permanente. Tú adorabas al otro, pero él no

te correspondía, por lo menos en Facebook. Hay muchas entradas en las que lo alabas y él no contesta. Entonces, un día te quedaste soltera y tus amigos le dieron «me gusta» al cambio de estado de una manera que dejaba muy claro que te había dejado él a ti.

Termina *Dando la nota* y voy a tu cuarto, me tumbo en la cama revuelta y oigo el ruido de la llave en la cerradura y me estalla un bombardeo aéreo en la cabeza y recuerdo al propietario quejándose al del gas un rato antes:

«El apartamento más pequeño del edificio y la puta cerradura más estrecha. Siempre se engancha».

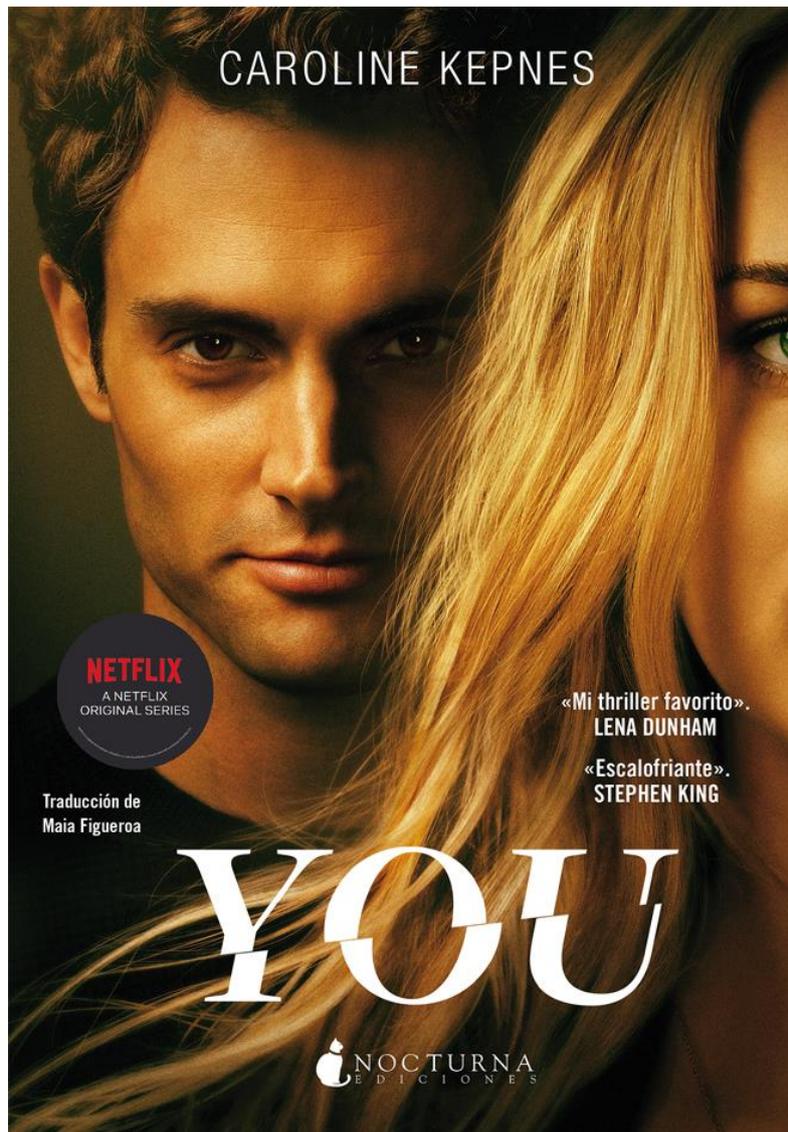
Te oigo meter la llave en la cerradura y se abre la puerta y el piso es pequeño y tú estás dentro.

Tienes razón, Beck: es una puta caja de zapatos.

SIGUE LEYENDO

YOU

CAROLINE KEPNES



ISBN: 978-84-17834-38-8 | PVP: 19,00 € | A la venta: 4-11-2019

 NOCTURNA
EDICIONES

www.nocturnaediciones.com